

D I R E C T O R I O

AUTOCRITICA — Queremos hacer constar honradamente nuestra incomformidad con el aspecto tipográfico del pasado número de "1927". Parcos en recoger el elogio ajeno, somos los primeros en reconocer los propios defectos, en hacer de nuestra obra la más rigurosa autocritica.

Reconocida la equivocación, nos hemos apresurado a evitar toda contingencia de este linaje en lo futuro, acogiéndonos a las excelencias de una casa tipográfica de las mejores dotadas de la Habana: la Editorial Hermes, de cuyas prensas han salido obras de verdadero arte tipográfico. Desde este número podrá apreciarse considerable mejoría en la impresión, formato y factura de esta revista. Y en números sucesivos pondremos nuestro mayor ahínco en este aspecto tan importante, tan esencial, de toda publicación moderna.

GONGORA: 1627-1927.—Vivimos año de centenarios. El 23 de Mayo próximo cúmplase el tercero de la muerte de Góngora.

Tiene este acontecimiento excepcional significado para la gente nueva. Tal vez no se haya visto nunca en la historia de la evolución literaria de un pueblo caso tan patente de filiación como el de las actuales letras hispánicas respecto del "gongorismo". Puestos los poetas de hoy a



la búsqueda de una alcurnia noble, en ese afán inevitable de querer hallar en el pasado algo así como la justificación ilustre, autorizada, del presente, han dado con el arte raro, aristocrático, personatísimo, único en las letras

castellanas, de Don Luis de Góngora y Argote: tronco de mantenido verdor, que dió sus primeros brotes en el siglo XVI y que tres centurias después se orna todavía con floraciones maravillosas.

En todos los países de habla castellana—y aún en los de extraña lengua, donde también se reverencia su nombre—se preparan festejos de diversa índole para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Góngora.

Nos parece prematuro anticipar en este número en qué consistirá nuestro homenaje. Baste por hoy con decir que "1927" no permanecerá en actitud pasiva ante este aniversario. La simple expectación o el mero "hacerse eco"—cosas ambas tan periodísticas—no entran en nuestro programa.

UN AVISO Y UNA ACLARACION.— "1927" ha sido acogida—séamos permitido decirlo por vía de agradecimiento, que no de reclamo—con una curiosidad y una fruición realmente insólitas. La prensa que desde el primer momento nos comunicó su beneplácito, confiándolo

a sus plumas más prestigiosas, no ha cesado de testimoniarnos el interés con que sigue nuestra incipiente faena. Escritores de muy subido calibre han coincidido en reconocer que la aparición de "1927" señala en la cultura cubana un brusco recodo, a la vuelta del cual se descubre un nuevo panorama de posibilidades intelectuales y estéticas. Y el público sensible ha respondido con muestras de adhesión y simpatía no menos unánimes. Apenas cumplido nuestro primer mes de vida, era ya muy superior a nuestros cálculos más optimistas el número de personas que, espontáneamente, solicitaron su inscripción como suscriptores de "1927". Esto al punto, de que hemos estimado justo aumentar al número de doscientos más—contando los ya inscritos—el número de suscriptores que han de tener el carácter de "suscriptores fundadores" de "1927".

No todo ha podido ser encarecimiento incondicional, sin embargo. Algunos lectores que esperaban ver en "1927" una suerte de petardo ruidoso y saltarín o una algarabía de "ismos" de barricada, nos han dejado conocer su decepción, al encontrar que "1927" no es una revista estridente de vanguardia.

Sentimos haberlos defraudado; pero no nos arrepentimos de ello. Los petardos están bien para el jolgorio de un día; pero como armas de combate son demasiado inocuos y efímeros. Y lo que en Cuba se necesita no son deportes de esnobismo ni fanfarronerías, sino, más bien, obras de positivo rigor estético, de honradez intelectual sostenida y responsable.

"1927" no pretende ser una revista de vanguardia, sistemáticamente estridentista y vocinglera. Aspira, eso sí, a un avance cierto, inteligente y seguro en las trayectorias del espíritu; mas para ello no estima imprescindible afiliarse, de manera cerrada y exclusiva, a determinados "ismos" de vanguardia, aún cuando ve en muchos de ellos un probo e interesante afán porvenirista y se propone, con ahínco y entusiasmo, participar en todo movimiento que

revele nuevos módulos en la sensibilidad y en la ideología de la época.

Sébase, pues, que "1927" es una revista de innovación, más no a la diablo. El alarde está reñido con la probidad, requisito de toda genuina y fecunda averiguación.

"1927. EXPOSICION DE ARTE NUEVO".

—Cúbele a "1927" el honor de agrupar bajo su patronímico esta primera exposición colectiva de arte nuevo que se celebra en Cuba, los nombres y aportaciones de todos los artistas de la

nueva generación que, con ahincado empeño, luchan para incorporar nuestro arte a los grandes empeños de nuestra hora, sin abandonar, empero, su cubanismo esencial. Estos nombres son: Eduardo Abela, Rafael Blanco, Gabriel Castaño, Carlos Enriquez, Víctor Manuel García, Antonio Gattorno, José Hurtado de Mendoza, Luis López Méndez, Ramón Loy, Alice Neel, Rebeca Peink de Rosado Avila, Marcel Pogolotti, Lorenzo Romero Arciaga, Alberto Sabas, José Segura, y Aida M. Yunkers. La superación de todo "ismo" local, más que nada, lo evidencia el concurso de los agregados, Peink de Rosado, López Méndez, Neel, Yunkers... participantes en ese empeño.

Con esta manifestación colectiva, no pretende "1927" ni pretenden sus iniciadores, definir ni siquiera señalar como privativas, determinadas tendencias o modalidades artísticas.

Esto nos parece, todavía muy prematuro. Pretendamos si, unir el esfuerzo de nuestros artistas jóvenes, animados por la inquietud y el afán de nuevos horizontes, siempre que esa inquietud responda a una actitud sustancial, no a una equívoca simulación. No se trata de alistar fuerzas, sino de una revisión, esencial para nuevos empeños. La exposición se abre el 7 de Mayo próximo. Martí Casanovas, Francisco Ichaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, y Luis G. Wangüermet, pronunciarán conferencias al margen de este acontecimiento.



El Prejuicio en el Ritmo Intelectual de las Epocas

EL ritmo intelectual de una época puede apreciarse con bastante exactitud atendiendo a un factor psicológico: el grado de irritabilidad de sus hombres ante el prejuicio. La excesiva sensibilidad del prejuicio,

esa suerte de hiperestesia en virtud de la cual el hombre reacciona contra aquél como contra algo que materialmente le hostigase, suele ser signo de juventud, que es como decir signo de virilidad. En cambio, la indiferencia ante el prejuicio, la desidia que lo tolera y permite su sedimentación a través de los años, es síntoma de senectud, o lo que es lo mismo, de impotencia.

El fenómeno tiene una explicación sencilla. Las más de las veces el hombre acata el prejuicio por no tomarse el trabajo de examinarlo y rebatirlo, es decir, por pereza mental. Pereza mental que si en el hombre joven constituye una anomalía, sin duda subsanable, en el hombre viejo es la manifestación sintomática de un estado natural que adviene inexorablemente con los años.

Una época en que predominen las mentalidades perezosas (perezosas viejas) es una época de ritmo intelectual apenas auscultable, época de decadencia en el verdadero sentido de esta expresión. En filosofía se limitará a repasar sistemas pretéritos hasta afiliarse a aquél cuya comprensión exija menor esfuerzo intelectual; en política se someterá a las normas gubernativas de una dictadura más o menos hábil; en arte defenderá las formas ya periclitadas—clasicismo, romanticismo—y sus forjos serán desvaídos trasuntos de los patrones elegidos.

Los cubanos podemos observar este fenómeno sin salir de nuestra limitación insular. En Cuba todo el lapso que transcurre desde la epopeya revolucionaria hasta la segunda



decena de este siglo, es un lapso de pulsaciones intelectuales poco perceptibles. Alguno que otro acusado latido esporádico no puede dar carácter a este período de la historia de nuestra cultura. Es en la segunda decena de este

siglo—allá por los años 1913 ó 14—cuando mereced a los pronunciamientos de una minoría inquieta e inteligente, cuyas faenas no han alcanzado todavía su "climax", comienza el ritmo intelectual a marcar un ostensible y creciente dinamismo. Los filósofos de la historia nos suelen dar una explicación muy lógica de este suceso, comprobado por la experiencia. A una época de agitación revolucionaria, no ya en el orden de las ideas, sino en el de los hechos, sigue un período de estancamiento general, en que el hombre, fatigado o tal vez desalentado, se siente falto de entusiasmos y fuerzas para arriesgarse en nuevas aventuras y prefiere el goce pacífico de andarse por caminos trillados, ensayando fórmulas viejas, empleando procedimientos antiguos, sordo a las voces dramáticas de esa minoría inconforme que en todas las épocas clama por nuevos derroteros, por nuevos módulos, por nuevas maneras. Es entonces cuando cobra fuerza de ley moral uno de los refranes más necios que ha inventado el hombre: el que aconseja preferir lo malo conocido a lo bueno por conocer.

Entre nosotros, después de un largo predominio de esta fórmula, todo parece indicar un cambio de criterio. Repuestos los hombres del cansancio bélico, se anuncia el advenimiento de una época juvenil y potente. Y buena prueba de ello es que el hervor de las minorías avisadas y laboriosas va encontrando ya resonadores en el ambiente y se

(Continúa en la pág. 84)

El movimiento obrero mexicano

LA C. R. O. M. — EL P. N. A. — EL P. S. DEL S.
COMO CONQUISTO SUS DERECHOS EL PROLETARIADO

De Alfonso Rosado, mexicano, director de "Revista del Yucatán", organizador del Sindicato de Periodistas de Ciudad México, hombre de admirables arrestos, pluma viril y segura, es este meduloso estudio sobre el obrerismo mexicano.—Rosado es huésped de nuestra ciudad, y "1927" honrándose en econtarle entre sus amigos, se honra así mismo con esta colaboración, siendo la nuestra la primera publicación cubana que ostenta esta firma valiosa.

NO fué a título de gracia que los constituyentes reunidos en Querétaro (la ciudad que sirvió de escenario a la ejecución del Príncipe austriaco de la blonda barba florida) en 1917 para redactar la Constitución mexicana, incluyeron en ella los artículos 4, 27 y 123, cuyo exacto cumplimiento y reglamentación exigen los proletarios de ese país. Si la revolución que acaudilló Don Francisco I. Madero, fué política esencialmente, la que inició Don Venustiano Carranza, llevando como Bandera el Plan de Guadalupe, inscribió en sus postulados el establecimiento de la jornada máxima de 8 horas, la fijación del salario mínimo según las necesidades de cada región, el reconocimiento de las organizaciones obreras, el establecimiento de los tribunales de conciliación y arbitraje para la resolución de los conflictos entre el capital y el trabajo, el derecho de huelga y el reparto de tierras entre los campesinos como puntos esenciales para que las masas laborantes dieran su contingente a ese movimiento armado. Terminado este y consolidado el Gobierno, a la hora de dictar las leyes que debían regir en la República mexicana, natural y lógico era, pues, que se escribieran esos derechos conquistados con la punta de las boyonetas de obreros y campesinos, en el articulado constitucional.

La sangre de los proletarios mexicanos que corrió abundante y generosa en las batallas más reñidas (el Ebano, Celaya, León, etc.) del pecho de los compañeros que formaron



los Batallones Rojos, exigía como justa reciprocidad la incorporación de los postulados societa-rios en el texto de la ley republicana. Es de la vigencia de esa constitución que arranca con toda su fuerza actual el movimiento obrero mexicano.

En el panorama social mexicano del momento, se destacan con más fuerzas tres grandes organismos obreros: La Confederación Regional Obrera Mexicana, el Partido Nacional Agrarista y el partido Socialista del Sureste de México.

La primera funciona teniendo por cabeza el Comité Central que radica en la ciudad de México que recibe la palpitación de sus uniones y sindicatos por conducto de las Federaciones de Industriales(hilados, mineras, marítimas, artes gráficas, campesinas, transportes, del hierro, etc.) con un Secretario General y uno para cada actividad, más otro del tesoro, uno del interior y otro del exterior. Es la Regional Obrera, la que cubre la mayor extensión en el territorio mexicano y controla mayor número de trabajadores.

Puede calcularse que forman actualmente la C. R. O. M. cerca de tres cuartos de millón de laborantes, en todos los órdenes de la actividad humana.

Sus relaciones se extienden a todos los organismos del orbe, siendo los más estrechos y más firmes, los que lleva con la American Federation of Labor, a grado tal, que en las dificultades entre México y Estados Unidos del Norte siempre se han puesto de parte de aquel

los trabajadores del gigantesco país del otro lado del río Bravo.

Sus delegados concurren a todos los movimientos obreros del universo y lo mismo estudian la organización rusa que la italiana o la argentina, procurando sacar las mayores enseñanzas, repudiando lo malo.

La C. R. O. M. lleva ya nueve años de vida intensa y engrandecimiento continuo. Cada año, desde la primera efectuada en Saltillo, Coahuila, siendo gobernador Jesús Acuña, celebra una convención a la que concurren delegados de todos los sindicatos del país agrupados en ella, llevando proyectos para estudiar, problemas que resolver, o hechos que presentar a la consideración del cuerpo colegiado que así se forma. De su seno han salido Ministros, Diputados, Senadores, Gobernadores, que les sirven en los puestos que llegan a ocupar respaldados por su fuerza.

La Federación de Industria más típica de la Regional, es la de Artes Gráficas del Distrito Federal, pues pertenecen a ella, desde los obreros de las fábricas de papel, hasta los voceadores o papejeros que venden al público los periódicos, pasando por los prensistas, formadores, linotipistas,

reporteros, redactores, correctores de pruebas, y empleados de administración de los periódicos. Agrupados en la forma de Federaciones de Industria, los sindicatos, guardando su libertad para el estudio y resolución de sus problemas interiores, están en directa relación con los demás organismos de su industria que, en un momento dado, automáticamente, presentan un frente sencillamente inexpugnable.

El Partido Nacional Agrarista, aunque organizado imperfectamente, controla un gran sector del peonaje mexicano.

Las montoneras rurales de Morelos, Du-

rango, San Luis Potosí, etc., forman en las filas del Partido Nacional Agrarista.

Los campesinos afiliados a él, tienen, también, diputados que los defienden en las discusiones de las leyes de riego, reparto de tierras, formación de cooperativas agrícolas, etc.

Del Agro mexicano más que de otros centros, han salido los soldados de la Revolución; y actualmente, para batir a los elementos alzados en armas, los agraristas, forman batallones regionales que son llamados a pelear cuando es necesario.

Raro es el agrarista que no conserva, bien guardado, su mauser con la dotación correspondiente de cartuchos ¡Para cuando haga falta!

Al Partido Nacional Agrarista, (sin embargo) le hace falta una mejor organización societaria.

El Partido Socialista del Sureste de México, fué fundado en 1916, siendo el General Salvador Alvarado, uno de sus impulsores: siendo el único que existe en Yucatán, controla todo el movimiento obrero y político de aquella región.

Funciona por medio de Ligas de Resistencia, con una Liga Central como elemento ejecutivo general con residencia en la ciudad de Mérida, capi-

tal del Estado. Y tiene en sus Ligas de Resistencia agrupados a más de sesenta mil obreros y campesinos, y en la vida societaria de México el Partido Socialista ocupa un lugar importantísimo.

Actualmente, sostiene y elevó al Poder Público, un gobierno, que es el único que ostenta en su escudo, membrete y en todos los actos oficiales, el nombre de Socialista. Toda la vida obrera de Yucatán, se desarrolla dentro de las Ligas de Resistencia que la forman. Como organismo político controla todo el engranaje electoral del Estado.



Por Francisco Díaz de León.

Actualmente construye un grande y bello edificio que tendrá campo suficiente para oficinas, salón de asambleas magnas, teatro al aire libre para veladas culturales, biblioteca, etc., etc., edificio que será, al terminarse, un alarde arquitectónico de arte yucateco o maya.

Las Ligas de Resistencia del Partido Socialista, son modelos de organización societaria puesto que pueden movilizar, en veinte y cuatro horas, para trasladarse a cualquier parte de Yucatán, a treinta o cuarenta mil hombres.

Llevan relaciones de cordialidad con todos los demás organismos obreros de la República, a los que prestan toda clase de ayuda, lo mismo económica que societaria (boycot, huelga, etc.) en los conflictos de carácter general.

Dentro del movimiento obrero organizado de México, figura, aunque con muy reducido radio



Por Francisco Díaz de León.

de acción, la Confederación General de Trabajadores que tiene una filiación muy cerca de la Y. W. W. de Estados Unidos, y que de algunos años a esta parte, ha ido perdiendo las fuerzas, a medida que las demás organizaciones la ganaban.

En lo general todas las organizaciones proletarias de México toman parte en la política electoral, ya directamente, como el Partido Nacional Agrarista; o ya por medio de otro organismo afín, como sucede con la C. R. O. M. que tiene al Partido Laborista

Mexicano como representavo en las actividades políticas; y las Ligas de Resistencia que se transforman en Partido Socialista a la hora de la conquista del Poder Público, único modo de garantizar, dándoles fuerza de Ley, las aspiraciones de mejoramiento y justicia que palpitan en el ambiente universal en este siglo de reivindicaciones.

A L F O N S O R O S A D O Y A V I L A

De "Forma", la admirable revista de artes plásticas mexicana, copiamos estos párrafos de Salvador Novo, para ejemplo, edificación y como tema de meditación para el profesorado de nuestra "pobre-cita e insularísima "Escuela de San Alejandro":

Para ingresar en una escuela de pintura al aire libre, no es necesario requisito alguno. Se trabaja en ellas mañana y tarde. Ninguna norma constriñe a los alumnos. Se les proporciona un lugar desde el cual pintar, y se les dan los útiles indispensables. La intervención del maestro se reduce a vigilar su realización, a no dejar nunca al alumno desviarse de sí mismo, por ninguna influencia pictórica extraña. Ni siquiera, por supuesto, ven los alumnos pintar al maestro sus cuadros.

Convencidos de las facultades artísticas innatas en nuestro pueblo, se ha decidido ir a él, descubrir la personalidad del niño y del hombre y lanzarlos a su individual realización. Si se palpa que un niño, que un hombre, ha hallado su camino, se ha descubierto a sí mismo, se le hace abandonar la escuela y trocirla por la vida fecundo en ejemplos.

Comprende él entonces que, fuera de la escuela, que no hizo sino mostrarle caminos, debe estudiar siempre — es decir, ver, vivir y pintar —. Así se logra que su producción tenga el sello magnífico e irrazonado de la función creadora indiferente al bien y al mal, objeto del arte.

Publicamos a continuación la carta que el escritor español señor Manuel Aznar, director técnico del "Diario de la Marina", ha dirigido a nuestro Mañach, en relación con la interesante polémica promovida por ciertas declaraciones del vigoroso pensador boliviano Franz Tamayo, en torno al tema de la comprensión espiritual e ideológica entre España y América.

QUERIDO Mañach:—

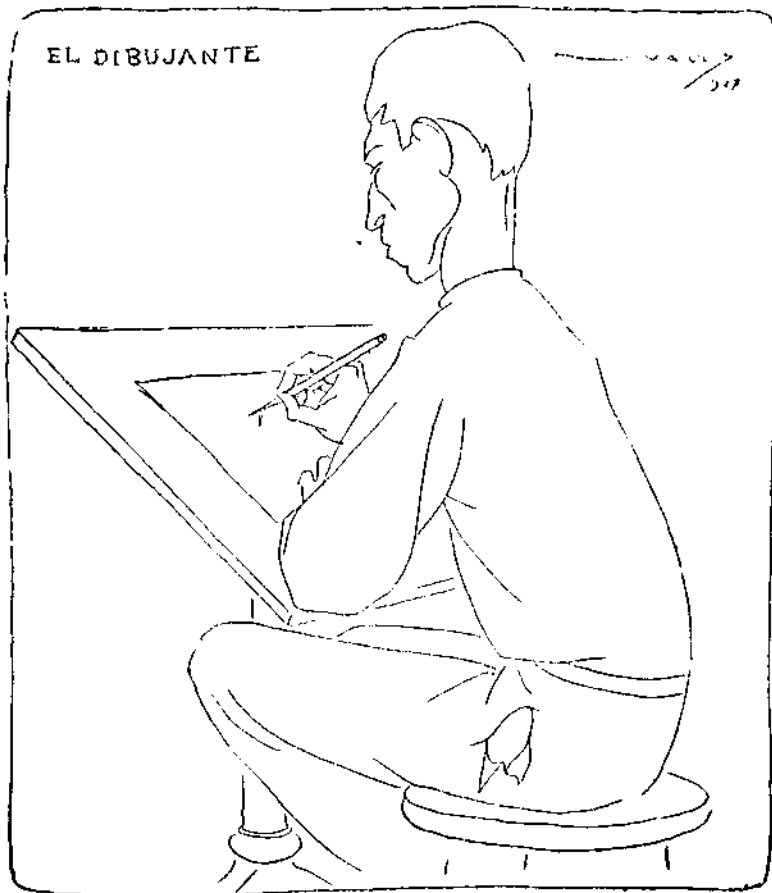
Viajero, cazador de emociones, por España desde Agosto de 1926 hasta Enero de 1927, no conocí la carta de Franz Tamayo a usted hasta que la habanera revista "Social" me la reveló en Madrid, y la revista "Amauta" me la confirmó en la Habana gracias a nuestro Fernández de Castro. Pensé, de primer intento, responder inmediatamente; pero se anunció en los corrillos literarios de Cuba otra carta con motivo de los "sutílsimos reparos" que usted le había hecho, y decidí esperarla.

Decidí esperarla porque deseo, con toda mi alma, conocer exactamente la posición de Franz Tamayo en esta sugestiva disputa intelectual que él promovió, que usted supo azuzar y que ahora nos trae a todos acuciosos.

Más tarde, intervino en el cambio de pareceres Don Ramiro de Maeztu, desviando el diálogo hacia otros rumbos. Aludí yo, como recuerda usted bien, a las ideas de Franz Tamayo en una ocasional epístola dirigida a Alfonso Reyes. Contestó Tamayo a Maeztu en la revista "1927", en esa revista que usted y sus camaradas de alta marinería literaria llaman "de avance" y que yo llamo mejor "de enfilada". Hasta aquí hemos llegado, y es útil, a juicio mío, que continuemos, porque estoy convencido de que el señor Tamayo lanzó a la disputa de los

jóvenes un problema sobremedida inquietante y digno de mayor reflexión.

Pero antes de que volvamos a entrar en materia—como diría un viejo parlamentario o un catedrático de olla y chaqué—entiendo



Por Jaime Valls

que deben quedar aclaradas algunas cuestiones previas. El señor Franz Tamayo es, sin duda, un hombre de muy alta capacidad pensante. Es un verdadero intelectual. Sabe perfectamente lo que dice, aunque en lo más hondo y esencial de esta polémica yo no sepa—como no lo saben varios amigos míos—lo que

quiere decir. Si le pedimos, pues, una mayor claridad en la exposición de su pensamiento, una más lógica y rigurosa definición de sus conceptos, en resumen, una más acabada disciplina, no lo tome sino al deseo de método por nuestra parte, nunca a reproche, ni a manía pueril, y mucho menos a sutileza o divertimento. ¿Podríamos seguir discutiendo mientras en torno de su carta de "Amauta" y a la respuesta que acaba de dar a Maeztu se promuevan tantas interpretaciones como si se tratara de un augurio delfico?

¿Qué entiende el señor Tamayo por incompreensión entre americanos y españoles? ¿Hasta donde trata de llevar ese concepto? Porque en la carta de "Amauta" hay un argumento desconcertante en fuerza de su inanidad. ¿Que los americanos no comprenden el "Quijote"? ¿Qué americanos? ¿Los mejores? Tamayo no quiere decir tal cosa, seguramente, porque la historia de los americanos egregios —tal, José Martí—le saldría al paso. ¿Los americanos de tipo medio? Sea. Pero, ¿cree de veras que un español de "tipo medio" comprende una palabra del sentido que el "Quijote" encierra? Sobre este punto quisiera yo ampliar mi refutación, pero la probidad intelectual me manda esperar las aclaraciones que de Franz Tamayo vengo solicitando.

Otra definición que urge conocer es la del "americano medio" que parece ser el protagonista de las teorías expuestas por el escritor boliviano. ¿Qué debimos entender por "americano medio"? El tipo humano "representativo de América, tal vez como el señor Tamayo lo quiere, ¿es ya una realidad? ¿vendrá a darse por arte de magia, como una especie de octavo "Manú"? ¿O será, andando el tiempo, la culminación biológica de un proceso sobre cuya duración no podemos ahora, establecer cálculos?

Por otra parte, ¿qué factores intervendrán

o están interviniendo ya en ese proceso? ¿Eléctrico? ¿El mesológico? ¿Otros distintos? ¿A cual de ellos atribuye Franz Tamayo influencia más decisiva?

En cuanto a lo de "la América india", ¿qué intenta sugerir cuando nos habla de ella o de la "casi india"? Si Tamayo considera "india" toda la América de habla española ¿en qué funda su teoría, a los efectos de la civilización futura? Y si no es muy justo denominar "india" a toda la América, ¿qué haremos con las porciones no "indias"?

¿Qué concepto merece al escritor boliviano el mestizaje, y como supone que habrá de intervenir el mestizo en la formación de la cultura americana?

El "vaseconcelisino", ¿le parece una teoría científicamente sólida?

Yo ruego a usted, querido Mañach, y por mediación de usted ruego al señor Tamayo, que me perdone si he dado a esta carta la obvia e indiscreta forma de "consultorio". No me guía otra finalidad—usted lo sabe perfectamente—que obtener información exacta, y el propósito de evitar en nuestra polémica peligrosos galimatías. Este anhelo mío de conocer seriamente lo que piensa una fuerte cabeza americana—en tal concepto tenemos a Tamayo—es un argumento más contra la teoría de la "incompreensión". Que no sabemos llamar "incomprensión" al que no entiende, tanto como al que se esfuerza en no entender.

¡Incomprensivos los jóvenes españoles que están predicando constantemente a los americanos una profunda y vigorosa "americanización"!

Pero, aguardemos la respuesta de Franz Tamayo, si estima conveniente darla y vacar, una vez más, a este cordial deporte de la polémica. Con todo respeto hacia él y con mi fraterna amistad para usted.

M A N U E L A Z N A R

Decíale, al arrivista impaciente de fama universal:
Nada más internacional que la mediocridad.

M U S I C A N U E V A

"CONCERTINO" DEL MAESTRO JULIAN CARRILLO

La Orquesta Filarmónica ha sido para nuestra cultura musical una ventana perennemente abierta al horizonte. A través de ella nos han venido los nuevos sonidos, los nuevos ritmos, las nuevas armonías. De Pedro Sanjuán, director de la Orquesta Filarmónica, artista inteligente y generoso, espíritu militante de avanzada, es el siguiente artículo sobre una reciente obra del maestro Julián Carrillo, aquel mensajero de buena nueva musical que pasó fugazmente por nuestro suelo, dejando dos estelas: una triste y efímera, de incompreensión y desdén; otra noble y duradera, de compenetración y simpatía.

El director de la Philadelphia Orchestra, Leopoldo Stokowsky, ha dado una prueba más de su fino espíritu, patrocinando con su alta competencia de músico alerta una novísima producción de Julián Carrillo, el ilustre maestro mexicano, nuevo



Guido d'Arezzo que con su "Sonido 13" sienta en la moderna evolución de la música las bases de un arte redentor, arte que abre al ansia expectante de tantos ávidos concepcionistas campos, hasta hoy insospechados, pronto a una rápida floración.

Esa obra de "vanguardia" con más derecho que ninguna otra hasta el día a ostentar este sugerente título, trae en sus materiales novísimos gérmenes, materias vírgenes que el genio de Julián Carrillo ha convertido en sonidos: los cuartos, octavos y dieciseisavos de tono.

La obra "ultravanguardista", que lleva por título "Concertino", fué muy gustada del auditorio a quien Stokowsky había predispuesto con notas explicativas insertas en el programa y al cual el propio maestro Carrillo dirigió la palabra a modo de previa iniciación en las flamantes sonoridades de la revolucionaria música.

Bello exponente de lo que pueden la voluntad y el genio cuando se unen para colaborar en la creación de una tan importante reforma como representan las nuevas teorías musicales de Julián Carrillo.

He seguido paso a paso, aguzado por mi incorregible curiosidad, toda la labor de pro-

paganda que el eximio mexicano lleva a cabo en los Estados Unidos en pro de su teoría "El sonido 13" y prueba de la eficacia de ésta es que en corto lapso, poco menos de un año, ha logrado el infatigable luchador llamar la atención de al-

tas personalidades musicales: Eugenio Goossens, Edgar Varesse, Ottorino Respighi, etc., etc., hasta llegar a Leopoldo Stokowsky, grande entre los grandes de la batuta, quien ha llevado a vías de realización los bellos sonidos recorriendo así el velo que envolvía la misteriosa existencia de esas cautivantes vibraciones que invaden, para remozarlo, el sistema musical de muchos siglos.

Positivamente Julián Carrillo es un genio a quien están reservados días de gloria. Sus teorías, sus argumentos, todo cuánto expone en defensa y afirmación de sus ideas va envuelto en una lógica aplastante que remueve cosas presentidas en horas de meditación, esas horas en que el espíritu, ávido de saberlo todo, quiere lanzarse más allá de lo que viejos y rutinarios convencionalismo mantienen, merced al conservadorismo sistemático de las gentes; horas en las que el alma infinita de lo desconocido parece acariciar nuestro deseo de captar lo presentido; horas, en fin, en las que nos damos cuenta de ese algo que existe más allá de lo que conocemos y que quisiéramos cautivar, infiltrándolo en nuestro ser, para lanzarlo luego al mundo como una verdad deslumbrante.

Son muchas y contundentes las razones que

el maestro Carrillo arguye para demostrarnos que en nuestro actual sistema musical existen complicaciones y errores que han retrasado su evolución creando un mundo extraño de equívocos lugares comunes.

Al hablar del error de concepto que representan los accidentales que suben o bajan los sonidos sin cambiarlos de nombre dice el maestro Carrillo: "El invento del bemol, accidente que se conservó hasta la aparición de mi Teoría del Sonido 13, demuestra gráficamente que todos los músicos del mundo no nos dimos cuenta en novecientos años de que un sonido no es susceptible de subir o bajar. *Sonido es cantidad inalterable de vibraciones*; al alterarlas dejan de ser un sonido para convertirse en otro,...y sigue argumentando el maestro: "Ninguno de nosotros supo en novecientos años algo que es absolutamente elemental, ésto es: que si el sonido es el resultado de un número exacto, absolutamente exacto de vibraciones, tan pronto como aquellas vibraciones se alteren, por mínima que sea la alteración, deja de ser aquel sonido porque ya no es tal número y, en consecuencia, falso es Do bemol como falso es Do doble bemol; falso es Do sostenido como falso es Do doble sostenido. Aquel error de tantos siglos nos llevó a otros muchos de los cuales no es el menor de ellos habernos hecho creer que ideológicamente Do doble bemol tiene parentesco con Do bemol, éste con Do becuadro y éste con Do sostenido o Do sostenido doble. En suma, que los cinco sonidos formaban una sola familia. ¡Nada más inexacto!

También yo, en esos momentos de provechosa meditación a que aludía anteriormente, he pensado en lo inútil de muchas prácticas

musicales tenidas por exactas... ¿Hay nada más falso, por ejemplo, que la enharmonía? En los tratados se explica este procedimiento como uno de los varios que existen para efectuar una modulación y que consiste en tomar por equivalentes exactos un bemol y un sostenido, y mientras la teoría de la música divide un tono en nueve comas, cuatro para el bemol y cinco para el sostenido, demostrando que el bemol y el sostenido no son iguales por esa coma de diferencia que existe entre ambos, los tratadistas de armonía en oposición con las verdaderas leyes de la acústica, sientan las bases de un procedimiento erróneo para llevar a cabo una modulación que lejos de efectuarse naturalmente repele y molesta, a veces, por su brusquedad.

Claro está que este secular error no se advierte en el piano—instrumento temperado—ni en otros instrumentos de igual naturaleza e incompletos por este hecho. Pero en los instrumentos no temperados—la cuerda especialmente, las trompas, trombones de varas etc.—un bemol no es lo mismo que un sostenido y donde se produce un Re bemol con sus cuatro comas, no cabe tomarlo por un Do sostenido que tiene cinco comas.

Como este error hay muchos que se mantienen contra viento y marea a pesar de sus falsas bases; la rutina es secular y ciega.

Bien venido "El Sonido trece" con sus axiomas, corolarios y teoremas. Bien venido, porque además de abrir nuevos horizontes a nuestro afán, nos permitirá marchar por terreno firme, limpio de embarazosos rastros, y sobre campo propicio y fértil.

HABANA, ABRIL DE 1927.

P E D R O S A N J U A N



La Sabiduría de Avicena

(DIALOGO EN EL LIMBO)

P o r J O R G E S A N T A Y A N A

Jorge Santayana es un notabilísimo filósofo de origen español que, por no haber escrito sino en lengua inglesa, apenas es conocido fuera del mundo anglo-sajón, donde goza de raro prestigio. "1927" quiere contribuir a divulgar el conocimiento entre los nuestros de ese notable pensador de nuestra estirpe—catedrático que fué, durante veinte años, de Historia de la Filosofía, en la Universidad norteamericana de Harvard—publicando este bello y profundo ensayo, cuya versión castellana, del original inglés, ha sido hecha especialmente para estas páginas.

EL Espíritu de un forastero vivo todavía en la tierra: Sonreído estás hoy, renombrado Avicena. ¿Es que me animas a acercarme, o me adviertes más bien que turbaría la preferible campoña de tus pensamientos?

La sombra de Avicena: Ni lo uno ni lo otro; empero, ambas cosas. Sonreía pensando en aquellas viejas hazañas de vigor y proeza que contaba—¡y con qué peregrino placer!—cuando ultimamente estuvistes aquí.

El Forastero: Fué un raro placer el oírte.

Avicena: Sin duda es placer más puro el escuchar tales hazañas que el recordarlas. Yo añoro mi pasado espléndido, y tú apenas pareciste envidiarlo.

El Forastero: Te envidio tu inteligencia y tu sanidad moral, porque los tímidos comienzos de algo parejo son innatos en mí también. Pero ¿cómo envidiarte tus aventuras? El vuelo de las águilas y el nado de las marsopas, los admiro en el reino de la verdad; conténtome de que haya tales cosas en el mundo, pero no me siento tentado de experimentar en esas direcciones. Así pues, aquí gozo ahora de tu plática, aunque antaño hubiera sido para ti en el mundo el más torpe de los compañeros.

Avicena: No podrías gozarte ni aún en la idea de mi virtud, si no tuvieras espolones que blandir en tu propio coso. Estas mismas escapadas que haces al reino de las sombras, en busca de pura comprensión, no son sino los últimos esfuerzos de un espíritu deportivo. Por lo mismo te digo, vive mientras puedes. La verdad de tu vida es de Alá. El ha de preservarla.

El Forastero: Sin duda. Si el tiempo no engendrarse nada, nada tendría que embalsamar la eternidad. De todos los hombres, yo sería el último en menospreciar el mundo de la materia o en condenarlo. Siento hacia él la más genuina reverencia y piedad, como hacia Hestia, Afrodita, Prometeo y todo los dioses de la generación y del arte; porque sé que la materia, el más viejo de los seres, es el más fértil, el más profundo, el más misterioso; lo engendra todo, y no puede ser engendrada. Pero es propio del espíritu el ser engendrado de todas las demás cosas por sus armonías, y el no engendrar nada en cambio.

Avicena: ¿Qué estás diciendo? ¿Quién te ha enseñado eso?

El Forastero: Aristóteles y la reflexión; y me enorgullece pensar que esta conclusión no dista mucho de la que tu propio gran intelecto ha derivado de las mismas fuentes.

Avicena: Pero ¿quién puede haberte revelado un secreto que el Filósofo intencionalmente disfrazó, y que yo tampoco, siguiendo su ejemplo, he proclamado jamás abiertamente?

El Forastero: Muchas jornadas se han hecho desde tu día, y muchos descubrimientos; y la ruina de imperios y religiones ha amonestado repetidas veces a los humanos para que, si tienen siquiera miaja de ingenio, distingan el hecho de la fábula.

Avicena: Esa es en efecto la distinción que yo aprendí privadamente a hacer y a descubrir escondida en la discreta doctrina del filósofo; pero no fué al primer intento, ni sin que precediera una especial revelación, como

mi gran intelecto descubrió la verdad.

El Forastero: Acaso aprendiste las doctrinas de Aristóteles cuando eras demasiado joven para despojarlas de su lenguaje y cotejarlas libremente con los hechos de la naturaleza. Recuerdo haber oído la especie—probablemente no hay ápice de verdad en ella—de que por mucho tiempo te fué ininteligible la Metafísica, hasta que te topaste por azar con un comentario perdido que te resolvió el enigma.

Ariceña: El cuento es cierto: no, desde luego, que habiendo leído los catorce libros de la Metafísica no menos de cuarenta veces, y sabiéndolos perfectamente de memoria, dejase de comprender en ningún punto el sentido de las palabras, o cómo una parte sustentaba o parecía contradecir a la otra, o lo que fué escrito primero y añadido a guisa de comentarlo más tarde, o, en fin, nada de lo que los pedantes llaman comprender un libro; pero yo tenía el alma de un filósofo, y tal comprensión no era comprensión para mí. Lo que me eludía y me anhelaba descubrir era cómo la doctrina del libro podía ser verdadera. Porque yo también tenía ojos en la cara, y la tierra resplandecía bajo el sol frente a mí; conocía harto bien las mañas de este travieso mundo; y me preguntaba cómo un filósofo cuya filosofía era indubitable podía dar una versión de las cosas que tan completamente invertía su verdadero orden. Mientras más comentarios leía y más hombres sabios consultaba, menor era mi satisfacción; porque ni uno solo de ellos tenía puesta la mira en la verdad, ni un interés afilado en las cosas reales, sino que todos estaban absortos considerando como debían juntarse las palabras; y su filosofía no era más que la gramática de un idioma artificial, un sistema de jeroglíficos con que escribir los muros carceleros de su ceguera y de su ignorancia.

Sumergido en esta convicción y hoscamente reconciliado con ella, caminaba yo un día por el zoco de Shiraz saludando a los mercaderes, mirando y celebrando las raras cosas que me mostraban, mercando o trocando alguna joya, inquiriendo acerca de los forasteros recién llegados acerca de los desastres y de las maravillas que habían presenciado en todas las

islas del mar y en todas las ciudades más allá del desierto, cuando percibí un hombre venerable y de cortesano aire, que parecía seguirme; y volviéndome a él le dije: "Reverendo señor, ¿deseabas algo de mí"? A lo que él colocóse la mano sobre el pecho, y de allí la levantó a la frente y replicó: "Joven maestro, sé que eres la esperanza de los viejos y la desesperación de los jóvenes; y te traigo un libro de comentarios sobre la filosofía de Aristóteles, una joya rarísima, hasta ahora desconocida, y un bocado para fino paladar: dí tu precio y es tuyo."—"No lo deseo, repliqué, ofrezco a otro tu libro. Pues ¿no he leído ya los catorce libros de la Metafísica cuarenta veces, y no los conozco de memoria, en un sentido y en otro, sin comprenderlos todavía? ¿De qué puede servirme tu comentario? ¡Tregua a los enigmas de los sabios! Dame un libro de amor, si lo tienes, o un cuento de algún lejano país, o el loco verso de algún poeta inspirado por el vino!"

Pero el forastero no se descorazonó. Sonrióse un poco entre la barba y habló de nuevo: "Tómalo entonces por la caligrafía del escriba; está bellamente manuscrito en negro y rojo, con orlas en oro y verde y púrpura y plata."—"Eso no es nada", repuse; yo tengo oro y plata y verde y púrpura en abundancia, y muchos libros en escritura roja y negra, pensamientos selectos de los poetas, o máximas de los sabios antiguos, hombres sabios sin libros."

—Tómalo entonces," insistió él, "por el damasco carnesí en que está forrado y por el broche de plata, con su ópalo negro, que sirve para abrocharlo". Y yo le dije: "Tengo brocados más ricos y más espléndidos broches." Entonces se le ensombreció el rostro; e inclinándose hacia mí, de suerte que nadie pudiera oírlo, díjome tristemente: "Tómalo entonces por caridad: estoy desamparado y viejo y menesteroso de cuidado. Es tuyo por una moneda de plata." Saqué una moneda de plata de mi faltriquera y se la entregué, diciéndole: "Guarda tu precioso libro para tu consuelo, y toma esto para tu necesidad." Pero él se negó. "Acéptalo, me dijo otra vez, como por el amor de Alá te lo ofrezco: no vale una moneda de plata ni una de oro, sino diez mil

talentos." Y me dejó el libro en las manos, y partió con vivo paso.

Pensando entonces para mí que acaso éste no era comentario a la *Metafísica*, ni tesoro de viejo escriba, sino algún mensaje de amor o el don secreto de alguna princesa, abrí el broche y, sentándome en el quicio de una tabarbería, comencé a leer. Y durante todo el día leí, y cuando sobrevino la noche, sin levantar los ojos de la página, hice señal al sillero de traerme una lámpara; y continué durante toda la noche y todo el día siguiente. Tres veces lo concluí y tres veces lo comencé

de nueva. Y los ojos del alma se me abrieron, y el verdadero pensar del Filósofo descendió sobre mí, y comprendí a la postre todo lo que él escribió y todo lo que dejara sin escribir.

Despertando al fin al mundo exterior, interrogué al sillero y a los mercaderes y a los extraños y a cada transeúnte que pasaba a cerca de quién pudiera ser aquel anciano pero nadie lo conocía ni nadie supo decirme sino que acaso pudiera topar-

mele orando en el más oscuro rincón de alguna mezquita. Así pues, volé como el viento de una mezquita a otra, irrumpiendo aquí y desapareciendo acullá, apenas rozando el suelo con mis pies y con mis vestidos flotando en pos de mí, de tal suerte que los fieles, incorporándose a las veces sobre sus alfombras, sentían la velocidad de algún influjo que había pasado cabe ellos, y decían: "¿Qué será esto que ha pasado a nuestra vera?"

"Habrá sido alguna ráfaga cargada con el aroma de lilas del jardín? Sería por ventura

un rayo de sol por entre dos cipreses desunidos por la brisa? O acaso un angel recogiendo nuestras plegarias y llevándolas velozmente a la presencia del señor?" Por fin, en la más menuda y lejana mezquita de la ciudad, cabe el cementerio de los pobres, columbré a mi perdido benefactor; y abrazándole con un tierno y largo abrazo, le dije: "¡Oh, venerabilísimo sabio y padre mío en Dios, que bendición he recibido de tus manos! Todo lo que poseo no es nada comparado con lo que te debo, y por el don del saber, todas las riquezas de la tierra fueron mísera compensa-

ción; más lo que puedo he de hacer. Ven conmigo a la presencia del Emir: él sabrá que eres el Salomón de estos tiempos—que no se me esconde que el autor de este divino comentario no es otro sino tú—y el Emir te investirá con una veste de honor, y te sentarás en asiento de autoridad entre sus escribas y alquimistas y físicos y poetas y todos callarán cuando tu separes los labios, y tendrán a señalado favor de Alá el ser corregidos por tí; y

yo seré el primero en venir a tí por las mañanas y el último en despedirme cada noche, porque las fuentes de Ararat no me son más dulces que la pureza de la verdad, ni tienen valor alguno a mis ojos las caricias de los monarcas y las zalamerías de los príncipes, comparadas con la sonrisa de la sabiduría."

Más él se desembarazó suavemente y dijo: "Es demasiado. Harta es ya mi recompensa. Largo tiempo yacieron en mi corazón los secretos que has leído en ese libro. No eran ellos para esta edad. La opinión entre los mortales es como el canto de un beodo, di-



Por Antonio Gattorno.

El Poema de las Narices

¿Os habéis fijado cómo los poetas jamás cantaron a las narices de sus musas inspiradoras? —Armando Leyva.

¡Oh, fatuidad incomprensiva
de los poetas, que cantaron
la boca en flor—hoguera viva—
y la mirada pensativa,
mientras ilusos olvidaron
a los perfiles que adoraron
y con sus besos agitaron
en la contienda decisiva!

Las narices de las amadas
nos revelaron las secretas
ansiedades atormentadas
y lascivias semi-veladas,
cuando el temblor de sus aletas,
móviles, ígneas y aglobadas,
conmovieron las dos violetas
de las ojeras acentuadas.

¡Oh, aquel perfil de antigua diosa,
numismático y sensitivo,
que revelaba un alma ansiosa,
más que la boca temblorosa
y la mirada voluptuosa,
en un febril ritmo lascivo
y una sutil fulgencia rosa!

¡Y el perfil de plebeyo rango,
que el Duque Job eternizara,
cuya nariz—bajo la clara
luz de ojos que bañan un tango—
con provocativo arremango
mi afán oculto despertara!

¡Y esa nariz que rememora,
con lineamientos indistintos.



Por Enric Casanovas

al águila, dueña y señora
de los siderales recintos,
por su altivez conquistadora
y por sus trágicos instintos!

¡Y tantas más, amplias, abiertas
cual ventanas de la Pasión,
y otras tímidas e inciertas
sobre las mejillas cubiertas
de palideces, como en muertas
caratulillas de cartón!

¡Oh, narices cuyos alientos,
en los frenéticos espasmos,
turbaron nuestros pensamientos,
y adormecieron, en marasmos
profundos y calenturientos,
los juveniles entusiasmos!

¡Sabías narices, en el gozo
siempre anhelantes y eruditas,
juegan la gracia del retozo,
liban aromas infinitas,
vibran de lúbrico alborozo!

Canten las liras sensitivas
a las leales y expresivas
narices de nuestras amadas,
a las que almas incomprensivas
jamás tejieron sus baladas,
aunque acentúan las ansias vivas
con palabras más emotivas
que las hipócritas miradas...
y que las bocas reflexivas...

POEMA

para rubén martínez villena

6 a.m
en cada cama florece
una cabeza en ángulo

estas mañanas de hospital
salen todas de una carbonería

buenos días hermana

la hermana antonia
cuelga una mirada violeta
en mi escapulario de angustias

vibra el sismógrafo
de su proletarismo
la hermana antonia se adentra
en mi dolencia amarga

la entrada del médico obeso se acompaña
de los hurras sin voz de las heridas

y
en el arco desconexo del dolor de cada uno
pendula el signo torvo
de la opresión burguesa

eeeeeeuph
desde el trampolín de un hipo
piruetea la muerte

en una encrucijada de sombras
mimada de sulfatos
se despereza una tisis

hospital
cubo abierto para la cal de los huesos
no ruidos en el ritmo singular
de la fábrica

en el torso gigante
largas cruces
hacen un saludo facista
a la noche triunfante

R A F A E L E S T E N G E R

ESTEBAN PAVLETICH

vertido y vocinglero y necio en demasía, y la fría luz de la verdad le es odiosa, como el alba al calavera. Por ello, me había resignado al silencio, y a sufrir que mis descubrimientos bajasen conmigo a la tumba. La verdad no tiene prisa porque se le conozca; ya se le proclamará en el día postrero. Más hé aquí que me llegaron noticias de tu carácter libérrimo y de tu agudo entendimiento, y habiéndote yo mismo visto y oído, me dije: "Este joven comprenderá, y en él me sobrevivirán mis pensamientos." Diligentemente, pues, puse mi comentario por escrito, redactándolo de mi puño y letra, envolviéndolo en preciosas sedas y abrochándolo con mágico joyel; el resto tú lo sabes. Pero ya que tu comprensión ha sido tan viva que ha superado toda conjetura, y tu agradecimiento más generoso de lo que merezco, y puesto que en ti mi alma ha venido como a una segunda vida, lejos de aceptar otra recompensa, déjame completar adecuadamente mi donativo: pues ¿a

quién le ocurriría regalar la piedra preciosa reservándose la montadura? Acudamos, pues, sin demora al caud, de modo que yo pueda, en escritura solemne y ante testigos, instituirte heredero de todo lo que poseo; pues por el amor de la sabiduría, que no por necesidad, tengo elegida la pobreza. Otros bellos libros y otras joyas encontrarás en mi haber, y las alforjas de mis camellos están pesadas de oro. Más para la jornada que estoy a punto de hacer, el oro y la plata son inútiles; antes de muchos días todo será tuyo.—"Quiera Alá alargar esos días muchos años", repliqué; "y sean muchos o pocos, los pasarás en mi casa, pues si en mi entendimiento yo soy tu heredero, en el corazón déjame ser tu hijo". Y desde esa hora, fuimos como un padre que ha elegido su hijo, y como un hijo que ha elegido su padre, hasta que la muerte, la divisora de amores, la que extingue todos los deleites, nos separó para siempre.

T R A D U C C I O N D E J O R G E M A Ñ A C H

E L P R E J U I C I O

(Continuación de la página 71)

comienza a pensar que tal vez tengan razón "esos muchachos" que claman por un arte nuevo, una ciencia nueva, una política nueva, un espíritu nuevo, finalmente.

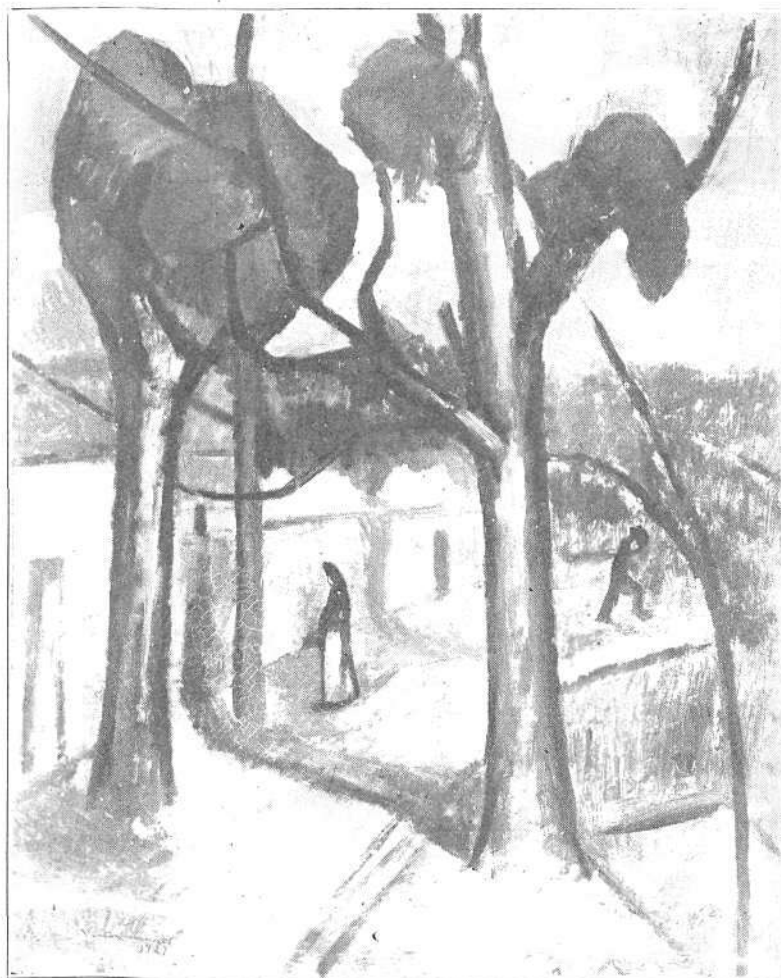
Sería curioso diseñar un gráfico demostrativo de los diversos grados de irritabilidad ante el prejuicio que han mostrado los hombres de un país en las diversas etapas de su historia. El nos llevaría sin duda a la comprobación de esa concomitancia que hemos señalado entre la pulsación intelectual y la rebelión contra el atavismo prejudicial. En Cuba hemos vivido demasiado sumisos al prejuicio, tal vez por esa apatía criolla que ha dado en estimarse como la marca inequí-

voca, de nuestro carácter. Estudiar el fenómeno en todos sus aspectos sería prolijo y exigiría además dotes de historiador profesional. Cabe, sin embargo, reducir el campo visual, con lo cual se intensifica la visión, y enfocar sólo un aspecto determinado de la actividad humana: el artístico, por ejemplo. Y aun dentro del arte, circunscribirnos, para mayor precisión, a una de las manifestaciones en que más caracterizado se nos muestra el fenómeno: la música.

¿Cuál ha sido nuestra reacción—la de los músicos particularmente—ante los prejuicios que retardan la evolución ascendente del arte musical? ¿Qué actitud hemos adoptado frente a las tentativas de las minorías extranjeras para exterminar estos prejuicios?

En un próximo artículo intentaremos una respuesta a estas preguntas.

F R A N C I S C O I C H A S O



Nocturno.

VICTOR MANUEL GARCÍA.

Lo más peculiar de él es su proliferación espiritual. Se le achaca de falta de personalidad, de sucumbir a influencias diversas. Pero estas influencias, responden no a modalidades de expresión, sino a modalidades de visión. Adapta por ejemplo, su visión a la manera de Picasso, y dentro de esta peculiaridad nos da una obra completamente original, vívida, medular y substanciosa.

Dado a la interpretación de temas cubanos, nos ofrece de ellos una visión inteligente y esencial, inédita hasta ahora. Cuando su sensibilidad adquiriera una afinidad electiva, Victor Manuel García, se afirmará como uno de nuestros más formidables valores.



Retrato, por Alice Neel.



Apuntes, por Alice Neel.



Enriquez, por Alice Neel.



El callejón de Luján, por Carlos Enriquez.



Casas de burgueses, por Carlos Enriquez.

NEEL-ENRIQUEZ.

Pincelada amplia y jugosa, segura y espontánea. Gran riqueza de temperamento que, ante la tela virgen, se desborda, captando con rigor intenso los valores plásticos del natural, traduciéndolos con una visión libre y audaz, sin nada de manierismos ni elocubraciones. Arte que por su contundencia, por su claridad, por lo rotundo, tiene el mismo instinto irruptor y agresivo de los primeros impresionistas.—He aquí el arte maravilloso de la heroica pareja Neel-Enriquez.



Intima, por Carlos Enriquez.



L'Academie de la Grande Chaumière.

RAMON LOY.

La envergadura de Loy es de pintor realista, un poco a la manera enjuta del realismo castellano.

Ahora, al regreso de su segunda estancia en Europa, le vemos debatiéndose y luchando desesperadamente, con enormes

bríos, para incorporarse a las nuevas modalidades artísticas. Abandona el realismo literal, intentando una síntesis arquitectónica del paisaje: Describe pero descubre el ritmo y la trabazón de las estructuras esenciales del natural. Dotado de un temperamento fuerte y sensible, no desconfiamos de que hoy llegue felizmente a puerto, culminando sus condiciones de gran pintor.



Anticoli.

“ 1927 ”

EL HOMBRE MUERTO

De la obra actual de Horacio Quiroga, el fuerte y original uruguayo, es el cuento que sigue donde se ponen a luz, una vez más, las dotes inigualadas del glorioso solitario de Misiones.

EL hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal. Faltábanles aún dos calles; pero como en éstas abundaban las chircas y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa. El hombre echó en consecuencia una mirada satisfecha a los arbustos rozados, y cruzó el alambrado para tenderse un rato en la gramilla.

Mas al bajar el alambre de púa y pasar el cuerpo, su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, a tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo.

Ya estaba tendido en la gramilla, acostado sobre el lado derecho, tal como él quería. La boca, que acababa de abrísele en toda su extensión, acababa también de cerrarse. Estaba como hubiera deseado estar, las rodillas dobladas y la mano izquierda sobre el pecho. Sólo que tras el antebrazo, e inmediatamente por debajo del cinto, surgían de su camisa el puño y la mitad de la hoja del machete; pero el resto no se veía.

El hombre intentó mover la cabeza, en vano. Echó una mirada de reojo a la empuñadura del machete, húmeda aún del sudor de la mano. Apreció mentalmente la extensión y la trayectoria del machete dentro de su vientre, y adquirió, fría, matemática e inexorable, la seguridad de que acababa de llegar al término de su existencia.

La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y previs-

ta; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro.

Pero entre el instante actual y esa postrera espiración, ¡qué de sueños, trastornos, esperanzas y dramas presumimos en nuestra vida! ¡Qué nos reserva aún esta existencia llena de vigor, antes de su eliminación del escenario humano! Es éste el consuelo, el placer y la razón de nuestras divagaciones mortuorias: ¡Tan lejos está la muerte, y tan imprevisto lo que debemos vivir aún!

¡Aún!... No han pasado dos segundos; el sol está exactamente a la misma altura; las sombras no han avanzado un milímetro. Bruscamente, acaban de resolverse para el hombre tendido las divagaciones a largo plazo: Se está muriendo.

Muerto. Puede considerarse muerto en su cómoda postura.

Pero el hombre abre los ojos y mira. ¿Qué tiempo ha pasado? ¿Qué cataclismo ha sobrevenido en el mundo? ¿Qué trastorno de la naturaleza trasuda el terrible acontecimiento?

Va a morir. Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir.

El hombre resiste — ¡es tan imprevisto ese horror! Y piensa: Es una pesadilla; esto es! ¿Qué ha cambiado? Nada. Y mira: ¿No es acaso ese bananal su bananal? ¿No viene todas las mañanas a limpiarlo? ¿Quién lo conoce como él? Ve perfectamente el bananal, muy raleado, y las anchas hojas desnudas al sol. Allí están, muy cerca, deshilachadas por el viento. Pero ahora no se mueven... Es la calma del mediodía; pronto deben ser las doce.

Por entre los bananos, allá arriba, el hombre ve desde el duro suelo el techo rojo de su casa. A la izquierda, entrevé el monte y la capuera de canelas. No alcanza a ver más, pero sabe muy bien que a sus espaldas está el camino al puerto nuevo; y que en la dirección de su cabeza, allá abajo, yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un lago. Todo, todo exactamente como siempre; el sol de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles, el alambrado de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá que cambiar...

¡Muerto! ¡pero es posible! ¡No es éste uno de los tantos días en que ha salido al amanecer de su casa con el machete en la mano! ¡No está allí mismo, a cuatro metros de él, su caballo, su malacara, oliendo parsimoniosamente el alambre de púa!

¡Pero sí! Alguien silba... No puede ver, porque está de espaldas al camino; mas siente resonar en el puentecito los pasos del caballo... Es el muchacho que pasa todas las mañanas hacia el puerto nuevo, a las once y media. Y siempre silbando... Desde el poste descascarado que toca casi con las botas, hasta el cerco vivo de monte que separa el bananal del camino, hay quince metros largos. Lo sabe perfectamente bien, porque él mismo, al levantar el alambrado, midió la distancia.

¿Qué pasa, entonces? ¿Es ése o no un natural mediodía de los tantos en Misiones, en su monte, en su potrero, en su bananal

ralo! ¡Sin duda! Gramilla corta, conos de hormigas, silencio, sol a plomo...

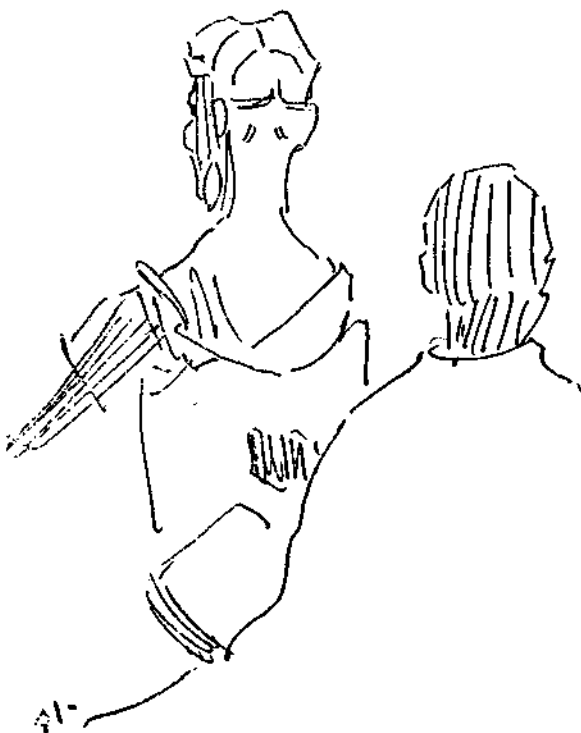
Nada, nada ha cambiado. Sólo él es distinto. Desde hace dos minutos su persona, su personalidad viviente, nada tiene ya que ver ni con el potrero, que formó él mismo a azada, durante cinco meses consecutivos; ni con el bacanal, obra de sus solas manos. Ni con su familia. Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre. Hace dos minutos: Se muere.

El hombre, muy fatigado y tendido en la gramilla sobre el costado derecho, se resiste siempre a admitir un fenómeno de esa trascendencia, ante el aspecto normal y monótono de cuanto mira. Sabe bien la hora: las once y media... El muchacho de todos los días acaba de pasar sobre el puente.

¡Pero no es posible que haya resbalado...! El mango de su machete (pronto deberá cambiarse por otro; tiene ya poco vuelo) estaba perfectamente oprimido entre su mano

izquierda y el alambre de púa. Tras diez años de bosque, él sabe muy bien cómo se maneja un machete de monte. Está solamente muy fatigado del trabajo de esa mañana, y descansa un rato como de costumbre.

¿La prueba?... ¡Pero esa gramilla que entra ahora por la comisura de su boca la plantó él mismo, en panes de tierra distantes un metro uno del otro! Y ése es su bananal; y ése es su malacara, resoplando cauteloso ante las púas del alambre! Lo ve per-



Por Rafael Blanco

fectamente; sabe que no se atreve a doblar la esquina del alambrado, porque él está echado casi al pie del poste. Lo distingue muy bien; y ve los hilos oscuros de sudor que arrancan de la cruz y del anca. El sol cae a plomo, y la calma es muy grande, pues ni un fleco de los bananos se mueve. Todos los días, como "ése", ha visto las mismas cosas.

...Muy fatigado, pero descansa sólo. Deben de haber pasado ya varios minutos... Y a las doce menos cuarto, desde allá arriba, desde el chalet de techo rojo, se des- prenderán hacia el bananal su mujer y sus dos hijos, a buscarlo para almorzar. Oye siempre, antes que las demás, la voz de su chico menor que quiere soltarse de la mano de su madre: ¡Piapiá! ¡piapiá!

¡No es eso!... ¡Claro, oye! Ya es la hora. Oye efectivamente la voz de su hijo.

¡Qué pesadilla!... ¡Pero es uno de los tantos días, trivial como todos, claro está! Luz excesiva, sombras amarillentas, calor silencioso de horno sobre la carne, que hace sudar la malacara inmóvil ante el bananal prohibido.

...Muy cansado, mucho, pero nada más. ¡Cuántas veces, a mediodía como ahora, ha cruzado volviendo a casa ese potrero, que era poste y el hombre tendido, —que ya ha capuera cuando él llegó, y que antes ha-

bía sido monte virgen. Volvía entonces, muy fatigado también, con su machete pendiente de la mano izquierda, a lentos pasos.

Puede aún alejarse con la mente, si quiere; puede si quiere abandonar un instante su cuerpo y ver desde el tajamar por él construido, el trivial paisaje de siempre: el pedregullo volcánico con gramas rígidas; el bananal y su arena roja; el alambrado empequeñecido en la pendiente, que se acoda hacia el camino. Y más lejos aún ver el potrero, obra sola de sus manos. Y al pie de un poste descansando, echado sobre el costado derecho y las piernas, recogidas, exactamente como todos los días, puede verse a él mismo, como un pequeño bulto asoleado sobre la gramilla, —descansando, porque está muy cansado...

Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de cautela ante el esquinero del alambrado, ve también al hombre en el suelo y no se atreve a costear el bananal, como desearía.

Ante las voces que ya están próximas —¡Piapiá!— vuelve un largo, largo rato las orejas inmóviles al bulto; y tranquilizado al fin, se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido, —que ya ha descansado.



Por Rafael Blanco

H O R A C I O Q U I R O G A

Adjetivemos, que Dios cuidará de los adjetivos.

Una fórmula de amistad:

Ayudadme unos y otros.

Tan peligroso como el abuso de grandes palabras con mayúsculas, es pensar y escribir en cursiva.

"Estampas de San Cristóbal", Editorial Minerva, La Habana, 1926. Ilustraciones de Rafael Blanco.

A CABO de cerrar el libro y perdura ante mis ojos la sugestión de la mirada de conjunto—La noble perspectiva—que Jorge Mañach, gonfaloniero de la péñola, capitán de los tercios del buen decir y cronista de San Cristóbal de La Habana, ha puesto como brillante colofón al panorama cinematográfico de una ciudad ya muy siglo XXI y que no por ello deja de tener su hechizo tradicional.

Podría decirse que esas crónicas de San Cristóbal son un album gráfico, fruto tanto de la pluma del dibujante como de la del escritor, de estampas lo suficientemente unidas o hilvanadas para formar un cuerpo único aunque vertebrado. Son ellas la impresión individual que exprime un espíritu alerta y cultivado, una sensibilidad fina y penetrante, gozosa del placer único de ver por primera vez, sólo superado por el de volver a ver, estados de alma ambos de que no pueden ser capaces más que los que saben amar desde los cuatro puntos cardinales de la emoción.

A buen seguro que un estante de San Cristóbal, de esos que la pasan y repasan años tras años, sería incapaz, por muy artista que fuera y por mucho que se internara especulativamente en la arqueología múltiple de la ciudad, de escribir un libro de encanto como el que ha hecho Jorge Mañach, libro que tiene la viva soltura y frescor con que corre, salta y alegra el agua del grifo abierto a la ventura.

No más que ante dos aptitudes psicológicas igualmente seductoras y envidiables pudo escribirse ese libro: ante la del que llega, ve y escribe o ante la del que ausente muchos años regresa y halla más bello el objeto de sus anhelos. Y así, ponerse a pintar con palabras, como pintan con colores esos paisajistas de ancha vena estética y ojo cazador que de improviso ante el paisaje no sólo descubren sus sorpresas sino que son domados por la fiebre de aprehenderlo y clavarlo en la tela.

Lo cotidiano mata el ensueño. Y esa Habana de hoy que guarda sus palpitaciones de antaño reflejadas por Mañach en las páginas de su libro, es una Habana de la fantasía en la que los más de sus aspectos típicos en cosas, personas y costumbres, son vistos y transmitidos al través de un prisma mágico, como ocurría



en los dioramas que hicieron el asombro de la niñez precinematográfica, los que mostraban las plazas, arboledas, parques, ruinas, calles, monumentos de las ciudades famosas en agigantadas litografías—tras el maltrecho cristal de aumento—pintarrajeadas y cintilantes allí por donde urgían iluminaciones especiales con cien ojillos

de luz sin más retina que una lámpara de petróleo encendida detrás.

Visión dúplice la del escritor: la ocular y la anímica; juicio par, a veces alterno, otras en monólogo, pero siempre colmado de interés. El cronista corretea acompañado, aunque no lleva como los ventrílocuos un muñeco obligado a lanzar gestos mecánicos para aupar la voz mimética, ni títeres, de ágiles pero imperfectos hilos siempre impotentes para no delatar la ficción. Tampoco pasea y dialoga con su doble—que es un sér inferior y carnal; ni con un simple alter ego, porque como el latinajo dice, es otro yo, no un yo distinto. Mañach pasea con el viejo Luján, que tiene algo de todo eso y de muchas cosas más: él encarna la gracia y la ductilidad, el humorismo y la criollez, la voz del medio, el grito de amor y la protesta cordial. Luján es el cronista fuera de sí propio y, al mismo tiempo, es un tercero que dice por su cuenta lo que el cronista no quiere decir en primera persona; que piensa lo que el cronista pensó, pensaría o quisiera pensar en determinados momentos bien que sin desear pensarlo ni quererlo. Se trata más bien de un caso que yo calificaría como de autoscopia intelectual, en que el personaje vivo, cuando no quiere cargar con la paternidad del juicio, de la frase o del rasgo, pero sin "sin dejar la responsabilidad a las normas", hace que su imagen accione, diga, interrumpa, exclame y en fin ejecute cuanto el sujeto activo ejecutaría si quisiera mostrarse presente. Medium maravilloso que no actúa como el operador manda, sino como éste imagina. Tal es el caso de Luján y Mañach.

La concepción de Luján constituye la verdadera clave de belleza interna de *Estampas de San Cristóbal*; y gracias a ella Mañach ha traducido La Habana en dos entes mentales distintos y complementarios: una Habana pintoresca, noblemente tradicional, que es muy antigua a la vez que muy moderna y por tanto muy absurda y muy lógica, muy de lo extinto y de lo

que vendrá, imagen calidoscópica del ayer, visión radial de lo futuro.

Los más de los aspectos diferenciales de la pretérita villa de San Cristóbal supo verlas con precisión fotográfica el ojo del notario, infundiéndoles a la vez la poesía de la paleta y en ocasiones el encanto de los sonidos. Son estas estampas cuadro de lo singular, pinturas de todo aquello que tiene la Habana (como las tres cosas del cantar) y que la distinguen de otras ciudades. Fuera de propósito siempre será hacerlas de un teatro, un hotel, una iglesia o cualquier otra monumentalidad de esas que el cosmopolitismo levanta en las más importantes capitales del mundo, imprimiéndoles un lamentable aire de familia.

Por eso las 59 estampas—facetaciones que descubren, completan y perpetúan la unidad—corresponden a otros tantos aspectos cristobalenses: *El Morro, El Vedado, San Rafael y Galiano, El son, La china, María la O.* Y de entre todos, emitiendo las vibraciones más altas y limpias, los episodios titulados: *Muralla*, fresco a grandes síntesis, fondo para la explanación de toda una novela cubana; *Pregoner*, caja fónica que recoge el alma de nuestra música demoscófica, velada como muy bien dice el autor, por cierta tristeza, muy nuestra por herencia y latitud geográfica; *La Calzada del Monte*, cartón futurista de la tentacular San Cristóbal lejana; y *El guapo*, nota agria de falsete súbito, grito ciudadano de la selva olvidada y también degeneración hidalga que avergüenza a su ancestro.

Todo ello, lo noble y lo vil, lo grande y lo ruin, lo torvo y lo pulcro, notas cálidas o leves de las puestas de sol, pereza de las noches urentes del verano, el chino y Bartolo, el cafetín y el arrabal, El Malecón y El Cerro, han bastado para que Mañach escriba este delicioso libro que comento, sutil e irónico, profundo y risueño, amable y sencillo, que tengo para mí como el Beadeker ilusionado de nuestra absorbente y tentadora capital, ayer villa de San Cristóbal, hoy febricitante ciudad de La Habana.

Y aquí, como punto final, una pregunta docta Mañach. ¿Cómo se las arregló usted para arrancar a Luján tan sensatas palabras en las *Estampas de San Cristóbal*, habiéndole enterrado usted mismo un año antes entre algunas páginas del *Glosario*?

Regino E. BOTI.

"Un hombre muerto a puntapiés", por Pablo Palacio. Los cuentos de Palacio, de una jugosa truculencia, son de índole psicológica. Pero entendámonos: no se trata de una psicología de laboratorio o de cajón, que construye previamente, de una manera abstracta y abstrusa, un tipo humano, de psicología más o menos estandarizada, obligando a conducirse según ella al héroe del cuento, reclutado a última hora. Palacio, dotado de una sensibilidad sutilísima, capaz de "desdoblarse" espiritualmente hasta lo infinito, vive, intensa y apasionadamente la vida de sus personajes, con todo su dramatismo, sus inquietudes y la cabal plenitud de su vida espiritual.

Descripciones estas, del maravilloso cuentista que tiene, que tienen, no siéndolo, todos los rasgos de una autobiografía: lo parecen porque Palacio, diversifica hasta lo infinito, con plenitud de visión y de intención,

su vida espiritual, y vive apasionadamente la vida y la tragedia íntima de cada uno de sus personajes. Hay en sus narraciones, un dualismo vivo, dinámico, trepidante; dualismo que nunca sabrá explicar ni penetrar la novela de tipo realista, que describe los efectos aparatosos y finales de las reacciones y la tragedia humanas, pero no como con estos cuentos de Palacio, la tragedia en sí, la lucha interna, las batallas del "yo". Véase, especialmente, "La doble y única mujer", dechado de perspicacia y sutileza.

Digna de señalarse así mismo, la total carencia

de escenificación en estos cuentos. El protagonista de cada uno de ellos, abarca y vincula en sí, su personalidad y la de todo cuento le rodea. El medio escénico, juega en la tragedia de una manera unánime y activa. Todo contribuye en estas narraciones a los fines de aquella; de ahí su apasionante dramatismo, su unidad y sugestivo interés.

M. C.

En nuestra posición de avanzada, es preciso que los que hoy hablamos, creemos e influimos en la definición de la cultura cubana, no aceptemos como inmejorable ninguna posición.

Ser escritor joven, poeta joven, ser de la nueva generación, es esencial un día.

Mañana, que sea otro el escritor joven y el joven poeta, y la nueva generación.

Letras Extranjeras

TOMAS Garcés.—*El Somni. Les Edicions d'Art. Barcelona, 1927.*—El modo nuevo en su forma más extremista, que parece tener su dominio por tierras de Indoa-mérica, no ha conquistado de modo pleno el verso de hoy en la juventud catalana. Quizás si aquititando y ponderando con serena

inteligencia eso, que, en forma harto simplista se llama "poesía de vanguardia" advirtiéramos una manera suramericana—eco en gran parte de sugerencias francesas—distante de la sensibilidad española actual. Bien visto el fenómeno, no puede aparecer como nuevo: antes de manifestarse con capacidad de proselitismo "el nuevo gay trinar" ya el sentido lírico de esta parte del mundo había marcado sus privativas características, no quizá tanto porque elementos distintos dieran tono a ese sentido lírico, como por la influencia poderosa de grandes poetas.

El libro de Tomás Garcés, figura de alto relieve en la lírica barcelonesa, muestra, sin audacias ni formas novísimas, una comprensión y un sentido muy de poeta de estos días. Siguiendo la hermosa tradición de los poetas de su tierra, canta Garcés el diario espectáculo familiar y la limpia ternura del campo catalán.

Sospirs que ratllen el cel,
coet perdut, cendra i flama,
sageta que sap on va,
gallaret de l'esperança.
Ai, orenetes d'abril.

.....
Peró el miracle és fet per tot
i aquell plor dolc omple la terra.
Vora les cofes, dalt dels pals,
s'ha anunciat la meravella.

A dalt dels pals,
la flama de Sant Telm encesa!

y esa misma tendresse—llevada a veces a franciscana claridad—(Sant Francesc, deu-me la ma, que potser me perdria,) toma grave giro al choque con perennes realidades y un soplo de objetividad finísima prende en la vela de la honda ternura:

Cruixen, en el silenci, les fustes de la nau.
I l'esmolat timo reposa. Veles blanques
inmobils: amorosos us desmaia el cel blau?



"Lord Raingo", novela por Arnold Bennett.—
"Existía un mudo poeta oculto en algún rincón de Mr. Raingo; un poeta auténtico que a menudo moría, más siempre volvía de nuevo a la vida". De esta manera nos describe, ya en la primera página, Arnol Bennett al protagonista de esta su

nueva novela. Un interesante carácter, en quien tal vez haya pretendido el novelista fijar algunos rasgos de su propia personalidad, con un narcisismo muy frecuente en la gente de letras y que esta vez podemos disculpar en gracia a la sugestión del personaje.

Pero en esta ocasión, como en otras tantas, la creación primordial ha superado al procedimiento. Co-tejada la concepción con el proceso narrativo, queda éste muy por debajo de aquella. Hay, sobre todo algo que resta interés novelesco a la obra: la prolijidad con que al autor se goza en discursos por las selvas espesas de la política británica, aventurándose con pesado paso de plantigrado entre sus malezas.

Sin embargo, estas digresiones políticas, que de propósito ofrece el novelista a la curiosidad del lector, acentuando el localismo de su obra, con perjuicio de su universalidad, no impide que "Lord Raingo" quede catalogada entre las novelas serias de Arnol Bennett, si bien no ocupa en el grupo de ellas un cimerio rango.

"Tom-Tom", por John W. Wandercook.—Ahora que cierta minoría independiente de los Estados Unidos estudia con noble interés humano el problema, demasiado doloroso, del negro, acaba de publicar John W. W. Wandercook un libro admirable sobre la magia y el folk-lore de la raza africana en las selvas de la Guayana Holandesa.

Wandercook ha convivido largamente con estas tribus, en estado poco menos que salvaje, y ha visto su cruda rusticidad, su agreste primitivismo, con ojos benévolos e inteligentes de investigador, cargados de comprensión y humana simpatía.

Con perspicacia de narrador avezado, describe Wandercook la dura epopeya que culminó en la abolición de la esclavitud de los negros de esa región, abolición que si en puridad solo existe en el derecho a semejanza de lo que ocurre en el mundo civilizado con respecto a determinados sectores del proletariado —ha mejorado, al menos en cierto grado, la situación de esos hombres.

Contra el parecer de los negrófobos, que, a título de una superioridad racial que son los primeros en poner en tela de juicio, hacen en los Estados Unidos

J. M. V.

una guerra encarnizada a la raza etíopica, manteniéndola en un estado de denigración y de ignorancia que favorece sus torvos planes esclavistas, Wandercook mantiene en su libro que la inteligencia, el amor al trabajo y el acendrado espíritu de libertad son los atributos característicos de los negros guayanenses. "El negro—dice—no es por naturaleza ocioso, como injustamente se cree. Cuando se le acusa de ociosidad es porque quiere trabajar para sí mismo, para

afianzarse en la vida, para garantizar su porvenir, con el mismo derecho y el mismo humano anhelo que cualquier otro hombre de otra raza".

Estas palabras parecen oportunas en momentos en que hombres de idioma inglés instituyen corporaciones secretas y tramam cobardes complots para extirpar la simiente del "hermano negro" del sobrehaz de la tierra.

Nacionalismos en América

Inspirado en un ahincado afán universalista, de amplia colaboración continental para afirmación de un ideal genérico de cultura indoamericana, es esta "Glosa" admirable de Eugenio d'Ors, una de las mentalidades españolas más originales y vigorosas, cuya visita a nuestra Isla, patrocinada por la meritisima Institución Hispano Cubana de Cultura y anunciada para el próximo curso, esperamos con impaciencia y deseo.

Pero más lástima otra cosa—de que, por ahora, "Amauta" me parece bastante libre, y que, si denuncio, no es en ella, sino en otras, y porque la asociación de ideas lo atrae—. Quiero hablar del Nacionalismo de una tendencia y actitud paganas, infiltradas recientemente en la mentalidad de algunos países de Hispano-América. Cuya pasión de novedad y de originalidad se traduce hoy, en ciertos medios, ideológicamente aturridos, por un afán de diferenciación y de caracterización nacionales artificiosas; y, no sólo ante lo europeo, sino ante lo de cualquier otro país americano y hermano, sin ver que lo postizo y de imitación es en cada uno el nacionalismo, precisamente, mala traducción del francés o del italiano, contraria a toda una tradición de América—una tradición que ya es secular—, y que fué mejor.

¡Cómo el joven escritor o periodista paraguayo o panameño, que anda por ahí predicando que su tierra debe constituir una ideología propia y tener un arte nacional, una literatura autóctona, o como se diga, y limpiarse de cualquier influencia extranjera y cultivar una caracterización aborigen; cómo, digo, este mal aconsejado escritor no advierte que lo que rumia al decir tal son conceptos ya digeridos en los centros intelectuales y en las asambleas políticas de Europa, en Irlanda, en Flandes o en Baviera, los conceptos a que intentó sacar jugo el patriotismo fatigado de las naciones viejas y puestas ya, por la decadencia, a la defensiva...? Una juventud nacional vigorosa no puede, no, ser nacionalista, por la misma razón porque una juventud individual fuerte no puede ser avara. Nunca aquel a quien rebosan las energías dirá: "Cada cual, lo suyo, y a guardarlo". ¡Ni qué pueden, con propiedad, llamar suyos unos pueblos nuevos, que casi no tienen nada? ¡Cerrarán su verja y cultivarán su jardín, como los Cándidos desanimados por el fracaso de un optimismo? ¡Se dedicarán, así viejecita, maniática en lo hacendosa, a sacar de su cajoncillo secreto cuatro trapitos olorosos a evaporada gloria, cuatro dijes de precio dudoso, tal vez más cercanos, que a la orfebrería, a la quincalla, para hacerse con ello la ilusión de un peculio propio, de una tradición misteriosa y recatada? No, América no puede esterilizarse

en todos estos simulacros, que serían tal vez enteramente necesarios, si no pasaran ya la medida de lo posible. América tiene ya su tradición, su gran patrimonio, y no pueden vender este patrimonio, por mucho que sea el goloso capricho del momento, por el platito de porotos de la paraguayidad o de la panamenidad.

América tiene una tradición que es, en suma, la misma que tuvo Grecia en su proyección clásica, que tuvo España en sus horas mejores, que ha tenido Francia en sus normas esenciales. Una tradición cifrada en la vocación por lo genérico, por lo ecuménico, por lo universal; en el desdén de todo lo característico, y privado, y pintoresco. ¿Qué hizo, pues, Grecia? Dibujó el contorno del hombre genérico, del Discóbolo, con su medida de siete cabezas—como en lo físico, en lo moral—, con el cuerpo definido por la estatuaría; con el alma definida por Platón. ¿Qué hizo España—o qué trató de hacer—, porque aquí el intento resultó fallido? Proponer universalmente el arquetipo del caballero católico, ignorador de las variedades de la tierra y sufridor de los males de la tierra, en holocausto a una vida futura, sin matiza de incidente, sin límite mortal. ¿Cuál es la obra de Francia? Depurar el ciudadano abstracto, sustentáculo de los Derechos del Hombre, súbdito del Código Napoleón... Pues la verdadera vocación de América es de este linaje. La obra de América será así.

Será así—o no será.

Eugenio D'Ors.

Estudiemos nuestro propio anhelo de universalidad.

José Vascóncelos.

La vulgaridad elocuente es la peor de las vulgaridades.

Hay quienes, al mencionar la palabra clasicismo, piensan en el encargo oficial.

EL ARTE
AVENIDA DE ITALIA 118
EXPOSICIONES PERMANENTES
PLEOGRAFÍAS REPRODUCCIONES
17 SALAS DE EXHIBICIONES
CUADROS
NOVEDADES
TAPICES
MOBILIAS
ORIGINALES DE FIRMAS AUTORIZADAS
TEMOS: A-1919 A-681

"1927"

**EXPOSICION DE ARTE NUEVO
ASOCIACION DE PINTORES
Y ESCULTORES
P E A D O 4 4**

DEL 7 AL 31 DE MAYO

EXPOSITORES:

Eduardo Abela, Rafael Blanco, Gabriel Castaño, Carlos Enríquez, Víctor Manuel García, Antonio Gattorno, José Hurtado de Mendoza, Luis López Méndez, Ramón Loy, Alice Neel, Rebeca Peink de Rosado Avila, Marcel Pogolotti, Lorenzo Romero Arciaga, Alberto Sabasa, José Segura y Adia M. Yunkers.

CONFERENCISTAS:

- Mayo 7.—"La Nueva Estética", por Jorge Mañach.
" 18.—"La enseñanza de la música en Cuba", por Luis G. Wangüemert.
" 23.—"Góngora y la nueva poesía", por Francisco Ichaso.
" 26.—"La emoción en la poesía nueva", por Juan Marinello.
" 31.—"Arte Nuevo", por Martí Casanovas.

**Institución Hispano-Cubana
de Cultura**

**CURSILLOS UNIVERSITARIOS
CONFERENCIAS de DIVULGACION**

EN MAYO:

Conferencia de Herrera Lasso.
Conferencias y cursillos universitarios de María de Maeztu.

INSCRIPCIONES:

DR. FERNANDO ORTIZ
San Ignacio, 40.

LIBROS RECIENTES

JUAN MARINELLO

LIBERACION

Poesías de reprimida pasión,
en tensión constante.

Volumen de 100 páginas \$ 1.00

JORGE MAÑACH

**ESTAMPAS
DE SAN CRISTOBAL**

Alcuyas ciudadanas, de un
cubanismo esencial.

Volumen de 280 páginas \$ 1.00

"1927"

VIENE DECIDIDA A PERDURAR

SECUNDENOS!

ANUNCIÁNDOSE O SUSCRIBIÉNDOSE

SUSCRIPCION TRIMESTRE..... \$ 1.00

ANUNCION PAGINA..... \$ 25.00

Sr. Administrador de "1927":

Sírvase suscribirme por
trimestre por \$.....

Firma

Dirección

**EL MEJOR SEDANTE
PARA EL TRABAJADOR INTELECTUAL**

Cerveza POLAR

INSUPERABLE

EXIJALA

**EN LA VANGUARDIA DEL COMERCIO
HABANERO**

FIN DE SIGLO

señala pautas de organización, de gusto y de refinamiento modernos. Gran almacén en donde toda elegancia tiene acogida y donde toda actividad lucrativa se endereza al servicio del público.

Comprar una vez en FIN DE SIGLO, equivale a comprar allí siempre.

Para el artículo práctico, como para el detalle CHIC, los

GRANDES ALMACENES

Fin de Siglo
LA HABANA

VARIAS TIENDAS EN UNA



DOTADA DE TODOS LOS MEDIOS MODERNOS, TRABAJA CON PULCRITUD Y EFICIENCIA

"1927"

SE IMPRIME EN



CONSULTENOS, SI PRETENDE UN TRABAJO PERFECTO.

COMPOSTELA, 78. TEL. A-3468.

CONFERENCIA DE ARAQUISTAIN.

— Un panorama substancioso y sugestivo del actual renacimiento cultural español: la labor silenciosa, heroica y esforzada, de una minoría, cuyos círculos de influencia alcanzan cada día un radio mayor, aspirando a vencer la actual realidad política y social de España, imponiendo una nueva realidad, europeísimas: Sensación de la plenitud de ese resurgimiento, y la fe en el total resurgimiento de la cultura hispana, porque, las culturas, no constituyen, a la manera spengleriana, círculos cerrados, sino que se mueven en constante espiral. He aquí, en síntesis, la conferencia de Luis Araquistain, nuestro ilustre amigo y colaborador, dicha con sobriedad y precisión, ejemplo fehaciente del valor intelectual de la medida y la ponderación frente al artificio de la retórica histriónica.

Algo más importante, no obstante, si bien apenas insinuado, señalado de soslayo: La aspiración, la tendencia, el esfuerzo hacia una cultura hispano-americana. Tendencia y aspiración a ésta que, en otros términos, llamaríamos el imperio cultural español. Araquistain, reclama para nuestras repúblicas el derecho a afirmar su personalidad y su interés local. ¿Cómo conciliar ambas pretensiones? España, tiene, culturalmente, un ideal y una aspiración universalista, basada en antecedentes históricos, de indiscutible legitimidad. Pero, esta aspiración, ¿debe ser también la aspiración de los países indoamericanos? Nuestro interés local, o si se quiere, continental, ¿estará en la incorporación al imperio cultural hispánico, renunciando a nuestros anhelos y ambiciones de universalidad? ¿Nuestro americanismo, debe limitarse a lo político sin cristalizar en una realidad cultural? He aquí una nueva sugestión, en torno a la controversia esencialísima promovida por Franz Tamayo, con plena conciencia de las posibilidades de nuestro futuro, y de las responsabilidades de nuestra generación frente a él.—M. C.

UN MANIFIESTO DE MANUEL UGARTE.— El gallardo paladín de nuestra defensa contra la penetración yanqui, nos envía, honrándonos mucho, un viril y sereno Manifiesto dirigido a la juventud latino americana. En él resultan dolorosas verdades puestas a luz con acierto envidiable:

“Los pueblos son grandes, más que cuando juzgan



airadamente a los demás, cuando aquilatan severamente sus errores. Y en la nueva era que se abre, contra lo que con más vigor debemos levantarnos es contra aquellos de nuestros propios dirigentes que no supieron prever las consecuencias de sus complacencias,

que no tuvieron una visión continental de nuestros destinos, que obsesionados por la patria chica y por los intereses de grupo, motejaron desdenosamente de “poetas” a cuantos elevaron el espíritu hasta una concepción superior”.

“En sus diferentes encarnaciones, —tiranos, oligarcas, presidentes legales,— se afanaron ante todo por defender privilegios de grupo o susceptibilidades locales, sin sentido de continuidad dentro de la marcha de cada país, sin noción de enlace con las regiones limítrofes. Fué la imprevisión de ellos la que entregó en el orden interior, a las compañías extranjeras, sin equivalencia alguna, las minas, los monopolios, las concesiones y los empréstitos que deben dar lugar más tarde a conflictos, tutelas y desembarcos, haciendo patrias paráliticas que sólo pueden andar con muletas extranjeras. Fué su falta de adivinación de las necesidades futuras la que multiplicó entre las repúblicas hermanas los conflictos que después resuelve como árbitro el imperialismo devorador. No hay ejemplo de que una región tan rica, tan vasta, tan poblada, se haya dejado envolver con tan ingenua docilidad”.

“La salvación de América exige energías nuevas, y será obra sobre todo de las generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas, eternamente sacrificadas. Una metamorfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el fondo para hacer al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud”.

MIGUEL ARTZIBACHEV.— Miguel Artzibachev, literato ruso universalmente conocido, ha muerto. Con su óbito pierde Rusia si no una figura de primer orden en las letras, al menos un escritor notable, dotado de todas las gracias menores y aun quizá de algunas que puedan tenerse como mayores o primarias, pues su agudeza intelectual le llevó a penetrar, en ocasiones, hasta la entraña misma de su pueblo, sacando de ella para sus novelas y sus cuentos páginas de palpitante dramatismo.

Artzibachev cultivó con dedicación, el cuento, la novela y el teatro. Hizo también —¿cómo no!— periodismo, como director de la revista "La Tierra", que llegó a alcanzar gran popularidad en Rusia. La musa de Artzibachev fué tornadiza. Irrumpió en las letras con cuentos de neto realismo —como "El Horror", "La Mancha", "La Sangre,— en los cuales se reflejaban la tristeza, la melancolía, la pesadumbre y la miseria de la vida prerevolucionaria en Rusia. Su obra de entonces puede considerarse, en cierto grado, como una partícula más de levadura en la enorme cubeta donde se fermentaba la revolución.

Después de su novela "Sanín" cambió su entusiasmo revolucionario por una mueca escéptica, que tal vez se avenía con la actitud desconfiada, burlona y frívola de la generación posterior a la revolución de 1905. Fué entonces cuando llegó a ser el "novelista de moda", calificativo que se acentuó con su novela "El último límite", difundida extraordinariamente por su país y traducida a casi todos los idiomas cultos del mundo.

En el teatro uno de sus mayores éxitos ha sido el drama "Celos", obra de corte vuela, que no obstante —o tal vez por ello,— alcanzó numerosas representaciones. "Celos" es un drama de genuino corte francés, concebido y desarrollado dentro de los moldes del teatro burgués en boga.

Triunfante la revolución soviética, Artzibachev logró expatriarse, pasando en París casi todo el resto de su vida.—F. I.

"FORMA". NUMEROS 1 Y 2.—Revista de Artes Plásticas, editada en Ciudad México, dirigida por Gabriel Fernández Ledesma y Salvador Novo. Los números 1 y 2, recién llegados, constituyen un alarde magnífico: Material nutrido y valioso, tipografía impecable, y por encima de todo, una orientación franca y definida, garantía de eficacia inapreciable para el esfuerzo que inspira la labor revolucionaria de las juventudes mexicanas.

El arte contemporáneo mexicano, tiene una filiación, un parentesco directo e inmediato con el arte indígena local; entre ellos puede señalarse una trayectoria precisa, esencial. Nada de lo que se produce en México, da la impresión de responder a veleidades pasajeras, a modas circunstanciales, a snobismos. Es algo substancial, medular, profundo, unido indisolublemente a la tierra y a lo más esencial del alma de ese país. De ahí, nuestra fe en el valor original y la substancialidad del arte contemporáneo mexicano, y en su perennidad. — "Forma", es, de todo esto, un magnífico exponente, que acredita y hace honor al esfuerzo de sus editores y colaboradores.

INDEX BARBARORUM

El Sr. José Calero, creyendo que hace crítica musical en "El Mundo":

"Maneja Tchaikowsky, como muy pocos maestros el arte del fraseo y viste elegantemente, con ricos ropajes armónicos, de bellísimos colores, las puras, afectuosas e inocentes melodías slavas, sin eclipsar, en lo absoluto, esa suave y armoniosa sencillez de giros y temas que mantienen en alto, su perfecta e inconfundible fisonomía nacionalista."

"Esa obra nos presenta, desde el punto de vista técnico y bajo el carácter humano,—siempre dentro de innegable variedad y sorprendente unidad—al formidable compositor de la ópera "El Voivoda."

"Noches nocturnales."

Título de unos poemas breves de Galileo Antúnez en la revista "Orto", de Manzanillo.

"Susurros vagos en la arboleda... Murmugeos indistintos de la noche..."

Del mismo Galileo en la misma revista.

"...estimamos acto de artista sincero y acto patriótico a la vez el estimular en Cuba el cultivo intenso de la Acuarela, género brillante y rico entre todos."

Juan E. Hernández Gíro,
Director General de Bellas Artes.

Per. grupo: Insectos chupadores
Que atacan atrevidos,
Causando más dolores
A tantos que hay heridos.

Sdo. grupo: Insectos horrorescos,
Que causa miedo ver:
Algunos ponzoñosos
Y sangre hacen correr.

Per. grupo: Y pican, pican, pican,
(Haciendo como que les pican).
Aunque uno se defiende:
Por miles se duplican
Y ganan la contienda.

De la opereta en tres actos y en verso, original de Rita Larrauri Perro, "¡Viva la Paz!", cuyas ideas, "encaminadas a laborar por la paz de los pueblos, mostrando los horrores de la guerra en todas sus fases"... etc.

Ob. importante: Al imprimirse la obra, (Octubre de 1926), aun no se había designado el compositor que le ha de poner música.

Otra. Sin el consentimiento de la Autora, se prohíbe reproducirla, traducirla, adaptar al cinematógrafo, etc., ni ponerle música.

